

## **X JORNADAS DE ECONOMÍA CRÍTICA**

**Barcelona, Marzo 2006**

### **ÁREA: COOPERACIÓN PARA EL DESARROLLO**

## **ELEMENTOS DE DISCUSIÓN SOBRE LA COOPERACIÓN PARA EL DESARROLLO EN EL CAPITALISMO GLOBAL**

**Irene Maestro Yarza**

**Javier Martínez Peinado**

*GREM. Universitat de Barcelona*

Las transformaciones generadas en la estructura económica mundial desde la década de los años ochenta han afectado esencialmente a la cooperación internacional para el desarrollo. Si en los años ochenta, los de la crisis de la deuda externa en las economías periféricas, la cooperación se tuvo que centrar tanto en el mantenimiento de los pagos de dicha deuda como en paliar los desastrosos efectos del ajuste estructural recesivo, en los noventa comienzan a vislumbrarse los que serán rasgos cada vez más definitorios de la “nueva” cooperación internacional, oficial y no gubernamental, en el marco de la “globalización”.

En lo que se refiere a la cooperación oficial al desarrollo, los ejes principales de intervención se manifestaron muy estrechamente vinculados a los propios intereses del capitalismo global y a las políticas neoliberales de su desarrollo: promoción de las privatizaciones y de la reducción del Estado y los servicios públicos, además de, por supuesto, continuar garantizando el pago de la deuda externa. Por otra parte, adquiere nueva relevancia la “ayuda” militarizada (la “injerencia humanitaria”) ante la proliferación de conflictos y convulsiones sociales en países no sólo de América, África y Asia, sino incluso de Europa. Ello generó un fuerte debate sobre el “derecho a la injerencia humanitaria”<sup>1</sup> todavía no cerrado, y continuamente alimentado por la política agresiva intervencionista de la Administración estadounidense.

---

<sup>1</sup> Para un análisis de la evolución histórica que han experimentado las justificaciones filosóficas y políticas de la intervención humanitaria en cada momento, con especial énfasis en los cambios experimentados a partir del fin de la guerra fría, se puede consultar: Ruiz-Giménez Arrieta, I. (2005): *La historia de la intervención humanitaria. El imperio altruista*. Editorial La Catarata; y también es muy ilustrativo de la misma autora (2004): *Las “buenas intenciones”. Intervención humanitaria en África*. Icaria Editorial. De cómo se ha utilizado el derecho de injerencia humanitario para justificar intervenciones militares occidentales, es demostrativo el artículo del co-fundador de Médicos sin Fronteras, Brauman, R. (2005): “¿Injerencia humanitaria o ‘misión civilizadora’?” *Le Monde Diplomatique, edición española*, septiembre. También resultan clarificadoras, las diferentes entradas sobre Acción Humanitaria (Principios, Concepto y Evolución, Debates Recientes, Fundamentos Jurídicos, y Ética de la Ayuda), contenidas en Pérez de Armiño, K. (dir.) (2000): *Diccionario de Acción Humanitaria y Cooperación al Desarrollo*. Icaria Editorial.

En lo concerniente a la cooperación no gubernamental (de las ONGD), se puede caracterizar este periodo por la aparición de una serie de fenómenos contradictorios entre los que cabe destacar<sup>2</sup>:

- la incorporación de un número creciente de personas e instituciones de todo tipo al entramado cooperativo, a la vez que se extiende la sensación de que todo ese entramado sirve para bien poco;
- la conversión de las ONGD en una especie de empresas suministradoras de servicios, a la vez que prolifera la “onegeización” de muchas corporaciones por motivos fiscales y de propaganda/ publicidad (el llamado “marketing solidario”);
- la “concentración y centralización” de recursos que supone la formación de las ONGD gigantes, “globales”, que coexisten con infinidad de micro ONGD de existencia muy efímera;
- y, finalmente, hay que señalar el creciente protagonismo del asistencialismo y la emergencia, marcados por la coyuntura, en la acción en contextos de subdesarrollo (que tiene raíces estructurales, no coyunturales), y acompañados por la incorporación definitiva de la militarización al mundo de la cooperación

Ante esta panorámica, consideramos que es de gran interés establecer ejes explícitos para un debate sobre la cooperación para el desarrollo en el capitalismo global, si es que acordamos que otro mundo más cooperativo y solidario ha de ser posible. Los análisis o discursos críticos sobre la cooperación no pueden caer en la repetición esporádica ante fenómenos recurrentes ni quedarse en la denuncia paralizante. Con esa intención formulamos las presentes tesis, remarcando que están formuladas para poder ser discutidas por separado, en grupo, o en su totalidad, aunque cada una provoca y justifica la posterior y con la siguiente lógica: la primera tesis es de carácter general y definitorio del marco conceptual en el que cabe definir la cooperación, a saber, el capitalismo global. La segunda y la tercera se refieren al predominio del carácter superestructural (político e ideológico) de las cuestiones que, por la globalización, se ponen en primer plano en la cooperación internacional, con el consiguiente abandono de facto de las cuestiones de tipo estructural (el propio “desarrollo socioeconómico”). La cuarta y la quinta recogen, respectivamente, las implicaciones “prácticas” de las anteriores tesis en los sectores económico y científico-académico, en tanto generan una “nueva” práctica y un también “nuevo” discurso legitimador. La sexta, por último, se refiere ya

---

<sup>2</sup> Martínez Peinado: “La cooperación en el capitalismo global”, en Martínez Peinado, J. (1999): *El capitalismo global. Límites al desarrollo y a la cooperación*. Icaria Editorial.

directamente a lo que pensamos que podrían ser las líneas definitorias de la cooperación antisistema, capaz de recoger además las prácticas de la cooperación reformista, reconduciendo lo que en ella es intención al marco objetivo de la transformación hacia la desconexión. En definitiva lo que nosotros formulamos como *cooperación para la desconexión*, utilizando para ello el famoso término postulado por Samir Amin.

**PRIMERA TESIS:** *En el capitalismo global, la cooperación deja de ser “para el desarrollo” y se vincula directamente, a favor o en contra, a la dinámica del capitalismo global.* Para desgracia de las terceras vías, **LA COOPERACIÓN SÓLO PUEDE SER PRO O ANTI-SISTEMA, OTRA COOPERACIÓN NO ES POSIBLE.**

El capitalismo global supone acabar con la misma noción de desarrollo. Recordemos que este concepto, formulado tras la IIª Guerra Mundial, y bajo el manto intelectual del *paradigma de la modernización* (herencia vergonzante del imperialismo), ha tenido siempre un componente nacional definitorio: se *desarrolla* una economía nacional, o una sociedad definida territorial y civilmente por el estado-nación<sup>3</sup>. Las concesiones en el proceso de descolonización respecto al respeto de las fronteras coloniales, más allá de los problemas y conflictos reales que causó y causa para la realidad de las formaciones sociales supra o infra estatales, confirman el carácter nacional del desarrollo. Incluso cuando, desde los años noventa, se configura el nuevo paradigma del desarrollo humano, “centrado en las personas”, no se cuestiona la propia dimensión nacional-estatal (lo que se hace evidente en cómo se aplica dicho carácter a las estadísticas que concretan empíricamente el desarrollo humano), si bien en este caso se abre la posibilidad de agrupaciones infraestatales (por etnia, región o género). En definitiva, aunque es un paradigma alternativo al clásico de la modernización, el desarrollo humano no supone una superación del ámbito nacional del mismo, a no ser que se haga global a través de consideraciones del tipo de la “ciudadanía universal” o la igualdad de derechos y deberes de cada persona a escala planetaria<sup>4</sup>, lo cual no es el caso.

---

<sup>3</sup> Rist, G. (2002): *El desarrollo: historia de una creencia occidental*. Libros de la Catarata, Madrid.

<sup>4</sup> Lo que nos remitiría a paradigmas antisistema de funcionamiento económico y social. La necesidad de desvincular el concepto de desarrollo humano de la idea de desarrollo nacional, así como de la necesidad implícita de reconsiderar y ampliar la noción de ciudadanía, desprendiéndola de su carácter nacional, se encuentra argumentado en Unceta, K. (2001): “Perspectivas para el desarrollo humano en la era de la globalización”, en Ibarra y Unceta (coord.): *Ensayos sobre el desarrollo humano*. Editorial Icaria, Barcelona.

En definitiva, a nivel macro (modernización) o micro (individuo), el marco del desarrollo era “el país”, la comunidad encerrada en unas fronteras territoriales y jurídicas.

El capitalismo global borra la dimensión nacional de los procesos económicos (producción, distribución, circulación, consumo) vinculados a la acumulación de capital, o, en términos convencionales, vinculados al crecimiento económico (en condiciones capitalistas). No merece la pena detenerse demasiado en este punto, pues ha sido ya muy estudiado. Baste recordar que su significado más profundo es que las relaciones estructurales básicas de la forma capitalista de producir, distribuir y consumir se configuran, dinámicamente, a escala mundial. La relación de explotación (la relación beneficio/salario, o excedente/consumo básico), la asalarización mediante la construcción y profundización del mercado laboral para todo y para todos (con diferentes grados de seguridad, precariedad y flexibilidad), el progreso técnico y los criterios de eficacia y eficiencia productiva (que fijan, junto a la tasa de explotación, las productividades, y por tanto las reglas objetivas de la competencia intercapitalista) y la apropiación del excedente (a través de los mecanismos de precios de bienes, servicios y dinero) se definen a escala global, no nacional. La circulación mundial de las mercancías (medios de producción y de consumo) y del dinero no hacen sino expresar que los encajes macroeconómicos entre ganancias, ahorro e inversión tienen una dimensión también global, no nacional<sup>5</sup>. Y es en esa realidad de mecanismos económicos globales en la que cobran sentido las “estrategias de desarrollo”, que antes se referían al proceso de crecimiento de la economía nacional. Las estrategias y políticas de desarrollo trataban temas tales como la articulación más o menos armónica de la macroeconomía estatal y la microeconomía empresarial, el papel de los diferentes agentes y clases sociales en la producción y la consiguiente distribución del ingreso entre ellas, los tipos de consumo (productivo e improductivo) y la articulación sectorial (agricultura e industria, interconexión industrial, etc.). Ahora sólo es importante o se presta la máxima atención a la inserción en la economía mundial, jugando algún papel en la fábrica mundial, en el comercio internacional o en las finanzas mundiales, y concibiendo el ajuste macroeconómico como una precondition. No es casual que el capitalismo global haya utilizado el neoliberalismo como ideología para desarmar al

---

<sup>5</sup> Como no se trata de agotar la abundante bibliografía a este respecto, baste citar los textos de: Guerrero y Arriola (eds.) (2000): *La nueva Economía política de la globalización*. Servicio Ed. UPV, Bilbao; Martínez Peinado y Vidal Villa (coords.) (2000): *Economía Mundial*. Editorial McGraw Hill, y Martínez Peinado (1999), op.cit..

Estado como agente económico (que objetivamente se opone a la globalización) acusándolo de ser el mayor enemigo del ajuste, tanto en el Centro como en la Periferia del Sistema, como tampoco es por azar que la privatización de los activos mundiales y la desregulación de los mercados hayan asentado a los nuevos hegemones y sus mecanismos de acumulación (las finanzas) en una situación de poder incontestable. En suma, el Estado y su política de desarrollo ya son cosa del pasado, en términos del crecimiento económico actual, sus *gurúes* y sus políticas<sup>6</sup>. Por lo tanto, la problemática que afrontaban la Economía y la Sociología del Desarrollo se ve transmutada por el nuevo funcionamiento capitalista: no hay salvación ni desarrollo fuera de la globalización. O inserción en el capitalismo global (según sus leyes), o marginación y destrucción.

La cooperación, por tanto, ya no será “para el desarrollo” en el sentido que éste tenía hasta ahora, sino que se tiene que orientar a otros objetivos: en el marco capitalista global, ha de ayudar a la *inserción* (con “buen gobierno” macroeconómico por parte del “Estado-amigo del mercado” ) aunque, eso sí, *con exclusión* (y por ello aparece el objetivo-estrella de “la lucha contra la pobreza”). Por otro lado, ante el profundo dilema que plantea la globalización (o “conmigo o contra mí”), la cooperación no gubernamental pierde el carácter reformista que en ocasiones había adquirido, en cuanto era, en parte, un conjunto de iniciativas protagonizadas por agentes, en principio, no guiados por la lógica del lucro capitalista (iglesias, particulares, fundaciones e instituciones). Sin objetivo (ante la desaparición provocada del *desarrollo*) y ante el dilema citado, la cooperación se convierte, directamente, en un mecanismo estructural más de consolidación de la nueva globalidad, dirigida además con los criterios de esa dinámica sistémica. Si la cooperación sirve para consolidar la integración de comunidades, personas y actividades en el mundo del capitalismo global, será bienvenida, auspiciada y financiada por los agentes directores del proceso de globalización (empresas, gobiernos y magnates). Si no sirve para ese fin, quedará marginada. En definitiva, la cooperación para el desarrollo, que ya no es lo que era, y sea lo que sea ahora, se escindirá definitivamente en “pro-sistema” y en “anti-sistema”.  
*No es posible una tercera vía.*

---

<sup>6</sup> Lo cual no quiere decir que vayan a desaparecer los estados-nación, sino que se va perdiendo su funcionalidad histórica. Una buena expresión de todo esto, incluso desde el análisis convencional, la aporta Susan Strange (2001): *La retirada del estado*. Icaria Editorial-Intermón Oxfam .

- En la categoría pro-sistema, cabrán acciones de aparente neutralidad económica, de pretendido marcado carácter humanitario, de explícito carácter reformista, que en última instancia harán de cabo que se echa al náufrago para que siga enganchado (aunque con el agua al cuello) al navío del “mundo” pilotado por el capitalismo global.
- En la categoría anti-sistema, las mismas o parecidas prácticas se definirán explícitamente como mecanismos para cortar cabos o incluso generar condiciones de motín en el barco.

La cooperación prosistema proclama que la integración en el proyecto modernizador-globalizante del binomio “mercado+democracia” es justo lo que hay que hacer. La cooperación pretendidamente reformista (tercera vía), ante los tremendos estragos sociales, medioambientales y culturales de semejante proyecto, no puede sino balbucear: “porque el sistema genera tales efectos, hay que actuar para paliarlos, ¡hacemos falta!”. La cooperación antisistema arguye que hay que actuar, no para paliar, sino para luchar *contra* el proyecto.

El marco y las coordenadas que definirán y en el que operarán una u otra vendrán definidas, en primera instancia, por la propia globalización, puesto que desgraciadamente ha sido el capital el que ha llevado la iniciativa en las últimas décadas, y el que ha determinado ese tablero y las reglas de juego globales, dejando como mucho las reglas “locales” para la cooperación prosistema. Pero esta situación no está exenta de problemas objetivos. En el actual proceso de globalización, está ampliamente admitido que el principal de esos problemas es el de su regulación (lo que muchos han llamado la “gobernanza”, el “buen gobierno”). A partir del carácter superestructural -ideológico y político- de este problema de la globalización, la cooperación define también su reto actual y futuro.

**SEGUNDA TESIS:** *Como el principal problema objetivo de la globalización es la construcción de una superestructura política e ideológica que regule las relaciones sociales e internacionales a esa escala también global, LA COOPERACIÓN ADQUIERE PRIORITARIAMENTE CARÁCTER POLÍTICO E IDEOLÓGICO.*

Desde la perspectiva sistémica, la crisis de la base económica podemos fecharla a finales de la década de los sesenta y principios de los setenta, (crisis de la hegemonía

productiva y comercial de EEUU, crisis del sistema monetario internacional , crisis del modelo energético, petrolero, y de los restos del sistema imperialista, crisis del modelo fordista de crecimiento nacional,...). Dicha crisis supone el punto de inflexión que sitúa la globalización como precisamente el proceso que, desde entonces, intenta relanzar el proceso de acumulación a escala mundial ahora sí, definitivamente, sobre la base de la explotación sin cortapisas de los recursos mundiales y la redefinición de las relaciones internacionales en un sentido supraestatal, es decir, eliminando o relajando las regulaciones estatales (keynesianas y desarrollistas). Las relaciones intraestatales (en el interior de los estados) entre las clases sociales, por su parte, se rediseñan también mediante el ajuste y la gestión del desempleo (que segmenta y atemoriza a la clase obrera) y de la población inactiva (tanto en su tramo juvenil como en el de los pensionistas-temerosos votantes). Es impresionante constatar la homogeneidad de los discursos y las políticas económicas y sociales aplicadas en el Centro y en la Periferia, por gobiernos liberales, conservadores o socialdemócratas, sin distinción. El resultado práctico ha sido la mundialización de la infraestructura del sistema (explotación global de los recursos mundiales), y de su estructura (globalización de las clases sociales y pérdida de soberanía nacional en las relaciones inter-nacionales), es decir, de la base económica del sistema de formaciones sociales.

Pero los problemas han aflorado al intentar establecer una superestructura capaz de regular esa nueva base económica mundializada. De la misma forma en que el Sistema Imperialista, al cambiar la estructura sistémica con la derrota de los fascismos y la descolonización, tuvo que transmutarse en Sistema Capitalista Mundial (empequeñecido por las desconexiones populares soviética y asiáticas), ahora dicho sistema se transmuta en Sistema Capitalista Global, pero para ello necesita cimentar una superestructura genuinamente sistémica que le haga funcionar como tal sistema<sup>7</sup>. La “nueva arquitectura financiera” que se autoadjudica mesiánicamente el FMI, Basilea II, el AMI, la OMC...son ejemplos claros de la superestructura económica global diseñada, pero no están siendo fáciles de consolidar, y las dificultades para ello se multiplican tanto por las acciones de gobiernos como de movimientos sociales. Se han definido así dos campos (derivados del dilema enunciado en la tesis anterior): el de la globalización

---

<sup>7</sup> El Sistema Capitalista Mundial se constituye como un Sistema de Formaciones Sociales –siguiendo la terminología de Samir Amin-, con una superestructura inter-nacional (básicamente, a través de la dominación de EE.UU. y la legitimación del sistema de Naciones Unidas). El Sistema Capitalista Global se define a semejanza de una única Formación Social Capitalista Mundial, aunque persistan entes

oficial y el de la “alter-globalización”. El debate entre ellos, entre sus propuestas políticas e ideológicas, está en la primera línea de combate de los movimientos sociales que no se conforman con el presente y el futuro del capitalismo global<sup>8</sup>.

Pero hay otro aspecto importante en esta falla superestructural del sistema, y es la propia relación de hegemonía en su Centro, o, dicho de otra forma, hay un problema de protagonismo en la construcción de la superestructura política, en la regulación del poder. Las iniciativas del capitalismo anglosajón, cargadas de la ideología conservadora de los estadounidenses, han pretendido situarlos en las mejores posiciones en este cometido, pero las respuestas de gobiernos y movimientos sociales contra el fondo y/o la forma de tales iniciativas trufadas de integrismo religioso, militarismo, desprecio por la legalidad internacional, etc., muestran que los objetivos no se han conseguido. Hoy el mundo es política e ideológicamente muy inestable, con conflictos y peligros de toda índole multiplicados respecto al pasado.

La cooperación se hace eco de todo ello. De hecho, está transmutándose también para ofrecer discurso e instrumentos para establecer las “nuevas” relaciones en y entre los territorios del gobierno mundial. Así, pueden entenderse las tendencias de la cooperación prosistema a centrarse en tareas de sustrato fundamentalmente político o, en términos más generales, de tipo superestructural: el discurso (y los programas de cooperación) para el “buen gobierno”, para la “modernización” de la administración (enflaqueciendo lo público), para la “estabilidad democrática”, para afrontar el peligro del “terrorismo” por el “choque cultural” (al que se asimila cualquier disidencia) y la necesidad de una cooperación específica al respecto (alegal cuando no ilegal), etc. Y, por supuesto, siempre dirigida desde y por el poder<sup>9</sup>.

Ese es el nuevo campo de juego. Desde el punto de vista de la libertad, la justicia y la legalidad (por más que ésta sea incompleta, porque hay muchos derechos individuales y colectivos reconocidos por las instituciones internacionales pero sin protección legal efectiva, y más si los viola EE.UU.), la construcción de la superestructura del Sistema

---

nacionales y estatales heredados del pasado, y que no determinan ni la dinámica económica ni la jurídico-política, ya que el *poder* se ejerce con dimensiones transnacionales.

<sup>8</sup> La Monthly Review-Selecciones en castellano (ed. Hacer y Món3) ha dedicado su nº 3 (marzo 2005) a dichos movimientos, con el título “Movimientos de resistencia al capitalismo global”.

<sup>9</sup> Muchos son los ejemplos recientes, sobre todo a partir del 11 de septiembre del 2001, de las intervenciones de Estados Unidos en este sentido. A este respecto, resultan especialmente significativa las palabras pronunciadas el 26 de octubre del 2001, por el entonces Secretario de Estado estadounidense, Colin Powell, cuando afirmaba que pretendía asegurarse de tener las mejores relaciones con las ONG, porque constituían un multiplicador de fuerzas, una parte muy importante de su equipo de combate (discurso citado en Brauman, R. (2005): “¿Injerencia humanitaria o “misión civilizadora”?”. *Le Monde Diplomatique, Edición española*. Septiembre).

Capitalista Global implica muchos nuevos peligros y la posibilidad de retrocesos en los logros conseguidos hasta hoy. Por ello, la cooperación antisistema tiene que abrirse (e incluso poner en primer plano) a estos campos hasta ahora poco transitados, ofreciendo alternativas a la hipocresía, la opresión y la represión, defendiendo y ayudando al fortalecimiento de lo colectivo, de la práctica democrática, de los derechos de ciudadanía universal, promoviendo la primacía legal de los derechos de los pueblos y de los trabajadores por encima del derecho del capital (especialmente foráneo) a engrandecerse a costa del futuro de las generaciones venideras. O se sirve a la consolidación de la superestructura del capitalismo global, o se resiste contra tal proyecto, impregnando la cooperación de los consensos y prácticas alternativas cuyas bases sean la justicia, la democracia y la libertad. Y, en este sentido, habrá que superar la falsa dicotomía de la financiación pública-privada, porque ¿quién asegura mejor unos objetivos y prácticas democráticas en defensa de lo colectivo? Un ayuntamiento democrático puede apoyar más decididamente una cooperación eficiente y eficaz que una ONG cuyos “accionistas” (donantes) no quieren que “se meta en política”. La cooperación descentralizada puede encontrar aquí un pilar para progresar en términos de democracia directa en los dos sujetos de la práctica cooperativa, y dar sentido antisistema a la llamada “glocalización”. Un sentido que, por otra parte, sólo podrá encontrarse en la lucha contra la desigualdad y la polarización que la superestructura neoliberal esconde pero provoca.

**TERCERA TESIS:** *La polarización en el sistema se está globalizando a través, ya no sólo de las desigualdades inter-nacionales, sino también a través de las desigualdades entre clase y grupos sociales generadas por la globalización neoliberal, profundizando la brecha entre ricos y pobres. Para combatir la extensión de la Nueva Pobreza Global en el Sistema y la violencia que genera, tanto en su Centro como en su Periferia, LA COOPERACIÓN PROSISTEMA PONDRÁ EN PRIMER TÉRMINO LA AYUDA HUMANITARIA Y/O SOCIAL, QUE A MENUDO ASUMIRÁ LA FORMA DE COOPERACIÓN/AYUDA MILITARIZADA.*

El desarrollo del capitalismo global no supone el fin del desarrollo desigual de la formaciones sociales, sino su transmutación en una creciente polarización, a través, sobre todo, de un aumento de la competitividad entre pueblos y grupos sociales por

ofrecer más ventajas al capital global en detrimento de sus condiciones de vida materiales y medioambientales. Esa creciente polarización, manifestada, entre otros fenómenos, como una profundización de la pobreza, exigirá en muchas ocasiones respuestas “inmediatas” y, sobre todo, legitimadas por el complejo comercial publicitario<sup>10</sup>. Estas respuestas, pues, estarán marcadas por la “urgencia” ante desastres infraestructurales que manifiestan de golpe las miserias estructurales, y esa misma urgencia impondrá la mediación de operativos en los que la participación de las fuerzas armadas se presentará como indispensable. Los soldados se convierten en cooperantes (¡¿?!), y los ministros de defensa españoles en los más entusiastas pregoneros del dislate.

J. Forster, vicepresidente del CICR, lo expresó claramente al indicar que el protagonismo de la *emergency aid* no se va a corresponder con la por otra parte indispensable *cooperation for development* porque, básicamente, se trata de dos ámbitos muy diferentes por esencia, actores, intereses en juego y objetivos desplegados<sup>11</sup>.

Los “grandes problemas” que emergen de la reproducción ampliada del capitalismo global son la Nueva Pobreza Humana y los desastres naturales. Ya no son la extraversión, el pillaje o el “desarrollo hacia fuera”. Al contrario, en la lógica del sistema eso es lo bueno y necesario: el tener algo que ofrecer (hidrocarburos, diamantes, metales preciosos,...) al pillaje de las multinacionales y los señores de la guerra – como demuestra la Economía Política de los conflictos-, o el potenciar nichos competitivos en el comercio mundial a costa de la sobreexplotación y la degradación medioambiental. Con ello se reproducen continuamente las condiciones del empobrecimiento y la extrema fragilidad ante los desastres. A partir de estos, la rueda de la ayuda humanitaria puede seguir funcionando, en lo que es un perverso juego de repetición de coyunturas para ocultar la estructura. Ese es el único sentido presente y futuro de la cooperación prosistema, que absorbe además a las movilizaciones provocadas por el espanto ante la creciente miseria y sufrimiento humanos.

Esta orientación dominante, marcada por el superestructuralismo y el cortoplacismo, acaba minimizando lo que antes constituía el núcleo de las estrategias y políticas de desarrollo: las actuaciones en el ámbito estructural-económico. Marginalizada por la minimización de lo estatal y lo colectivo, la exigua cooperación estructural para el

---

<sup>10</sup> Torres i Prat, J. (2005 ): *Consumo, luego existo. Poder, mercado y publicidad*. Icaria Editorial.

<sup>11</sup> Forster, J. (2005): “*From emergency relief to development cooperation*”, conferencia pronunciada en la Reunión de Directores del European Association of Development Institutes (EADI), Ginebra (Suiza), en febrero del 2005.

desarrollo es redefinida, en la lógica neoliberal, a través de la microeconomía de los “agentes racionales” (o sea, motivados por el individualismo y el lucro) en la producción, las finanzas y los servicios. Así se reintegra la cooperación para el desarrollo a la cooperación para el desarrollo del capitalismo.

En ese sentido hay que situar la rebaja de planteamientos y objetivos de la cooperación para el desarrollo durante la década de los noventa, cuando el esfuerzo pasó a encauzarse prioritariamente a la cobertura de las necesidades y/o carencias más palmarias del binomio desarrollo/pobreza humanos. A este respecto cabe citar la propuesta del “pacto 20/20”, planteado por el PNUD en su Informe sobre el Desarrollo Humano de 1994; retomado en parte por el CAD/OCDE en su documento de 1997, “Shaping the 21 st century”, donde plantea los objetivos que la AOD debería lograr en los inicios del siglo XXI; y finalmente, los omnipresentes Objetivos del Milenio, refrendados por las Naciones Unidas en el 2000, y asumidos por la práctica totalidad de la comunidad donante como los objetivos prioritarios de sus programas de cooperación para el desarrollo. Todos ellos representan, además del reconocimiento de la envergadura creciente del problema de la pobreza en todas sus manifestaciones, el refrendo de la necesidad de dirigir –e incluso priorizar- los esfuerzos de la ayuda internacional hacia objetivos básicamente asistenciales. Aquí la cooperación pro-sistema ve abrirse su segunda gran línea de actuación (además de la humanitaria de urgencia): la “solicaridad”, la industria de los buenos sentimientos, el mercado del lavado de conciencias, que a menudo pueden encubrir objetivos menos honorables. Se trata de la cooperación-escaparate, más atenta a la propaganda/publicidad, la encuesta y el titular mediático que a la denuncia y explicación de las causas que la motivan y, por supuesto, ocultadora, insensible o simplemente ignorante de la dinámica profunda de la triste realidad actual: la universalización del funcionamiento capitalista, con sus mecanismos depredadores y sus efectos devastadores.

**CUARTA TESIS:** *La globalización no es sino el conjunto de fenómenos derivados de la universalización del modo capitalista de producir, distribuir, circular y consumir a escala planetaria. La cooperación económica global se inserta en ese proceso de extensión del capitalismo allá donde éste no reina exhaustivamente, y se hace, bien a través de las relaciones comerciales y financieras “oficiales”, bien a través de las prácticas microcomerciales o microfinancieras bienintencionadas de la cooperación*

*reformista. Así, LA COOPERACIÓN PROSISTEMA (Y LA REFORMISTA) ES COOPERACIÓN, SIMPLEMENTE, AL DESARROLLO EXTENSIVO E INTENSIVO DEL CAPITALISMO GLOBAL.*

El capitalismo global se basa, como capitalismo que es, en el discurso del libre mercado para imponer las relaciones capitalistas (en la producción, el comercio y las finanzas), reproduciendo la dicotomía centros-periferias, es decir, reproduciendo la diferenciación de núcleos productores-consumidores (autocentrados), es decir centros; y núcleos sólo-productores (extravertidos), es decir periferias, de tal forma que los segundos aseguren la viabilidad de los primeros. Mantener esta dicotomía exige la promesa permanente del desarrollo que supuestamente tendrá lugar a través del doble mecanismo del “derrame” y el “alcance”<sup>12</sup>. El discurso, entonces, es del tipo: si el mercado fuera libre el Tercer Mundo se desarrollaría. Por lo tanto, es fundamental hacer caso a la OMC y a las ventajas comparativas, porque el libre comercio produce crecimiento y/o desarrollo. Los frutos del mismo se *desparramarán* (por el “efecto goteo o derrame”) a los más pobres y atrasados y todos acabarán *alcanzando* un mayor bienestar. Incluso la “nueva teoría (ortodoxa) del comercio internacional”, que ha jubilado a las ventajas comparativas, las sigue reivindicando para los pobres primario-exportadores.

La cooperación pro-sistema, o bien se alinea directamente en el discurso y adecua a la vez su práctica a la estructura centro-periferia, o bien, en el mejor de los casos (la cooperación reformista), se ve encerrada en las contradicciones del capitalismo realmente existente (no el teórico del neoliberalismo, sino el real de los monopolios, la injerencia, etc.).

En el primer caso, el alineamiento tiene lugar a través de varias fórmulas: la financiación discriminada por intereses geoestratégicos –muy presentes ya en los primeros programas de cooperación en los inicios de la “guerra fría”, y más que evidente en la actual “guerra contra el terrorismo”-, la ayuda condicionada al ajuste estructural y las correspondientes políticas de desregulación y privatización, y sobre todo, la ayuda ligada.

En este último caso, la práctica de *ligar* la ayuda a la adquisición de bienes y servicios producidos o suministrados por el propio país donante encubre una forma de apoyo a las exportaciones de este último, en lugar de centrarse en las prioridades o necesidades de

---

<sup>12</sup> Amin, S. (1999): *Miradas a un medio siglo. Itinerario intelectual 1945-1990*. IEPALA /Plural editores, Madrid.

los países receptores. Y no sólo eso: implica un evidente incremento de los costes relativos de *transacción* de la ayuda (entre el 15 y el 20% según las estimaciones más habituales); supone la imposición de determinadas tecnologías que no tienen porqué ser ni adecuadas ni sostenibles; e impone unos productos con características y sistema de consumo que por calidad, modificación de hábitos y sustituciones/complementariedades con otros bienes y servicios locales, a menudo son inadecuados<sup>13</sup>. Todo ello ha hecho que incluso el CAD reiterare frecuentemente sus críticas sobre esta modalidad de ayuda (los informes de evaluación del programa de cooperación español son un buen ejemplo de ello), aunque se ha seguido practicando bajo la excusa de garantizar la llamada “tasa de retorno” (o rentabilidad) de la ayuda: la cooperación, la ayuda, no puede salirse del “ring” capitalista del retorno, del beneficio. La relación extralucrativa es, sencillamente, incomprensible en el sistema. Es más, el motivo de la relativa reducción del peso de esta modalidad de ayuda en los últimos años se ha debido más a las propias limitaciones y condicionantes establecidos por la OCDE (en el llamado “Paquete de Helsinki” de 1991) que a una voluntad política de la comunidad donante por reducir esta figura de sus agendas nacionales de cooperación, ya que lo que “sienta mal” a la OCDE es la “competencia desleal” (entre sus socios) que supone la ayuda ligada, o sea, que la crítica viene por no adecuarse al fair play capitalista: el maestro tiene que vigilar el patio (o hacer como de árbitro imparcial).

Y este mismo discurso de “lo que debería ser un buen mercado libre” es el que ata a la cooperación reformista, cuando ataca –con razón, en otro sentido- el proteccionismo comercial de los centros. Cabe situar aquí las contradicciones del “comercio justo” (cuando reproduce la especialización periférica en “vicios, postres y artesanía”), de los microcréditos (en la medida que introduce la lógica de la dependencia financiera, la hipoteca de la vida) o del turismo etnológico-solidario, como instrumentos de la cooperación “bienintencionada”. En la medida en que simplemente integre las actuaciones de este tipo en la consolidación del crecimiento de los mercados y en la asignación mercantil-lucrativa de los recursos, no dejará de ser pro-sistema. Y, por lo tanto, generará diferencias y competitividad entre los receptores por recibir los proyectos de “crecimiento” y los ingresos, generará insostenibilidad y, por qué no

---

<sup>13</sup> Para un repaso sobre la problemática, implicaciones y el largo debate sobre esta modalidad de ayuda, se puede consultar el capítulo 3 de Intermon (2004): *La realidad de la ayuda, 2004-05*

decirlo, polarización y pobreza y, a la postre, como décadas de fracasos han demostrado, se habrá convertido en la *unhelpful help*<sup>14</sup>.

La competitividad, como expresión máxima de la economía mercantil (y la capitalista lo es) se convierte así en el baremo que “hace justicia”, no sólo a los receptores<sup>15</sup>, sino incluso a los agentes privados (las ONGD), que deben competir en el mercado de la cooperación, “y eso es bueno” según algunos de esos agentes<sup>16</sup>. El posible incremento de la esfera de empleos e ingresos extradomésticos resultante de la ayuda quedará preso, así, inexorablemente, de la dinámica de ganadores y perdedores, de integrados y excluidos, aunque todos quedarán más uniformados en las estrictas reglas de la mercantilización del trabajo y del consumo, de las necesidades y de los deseos. Se trata, en definitiva, del hegemonismo exclusivista del valor de cambio frente a la diversidad del valor de uso, de la filosofía del óptimo individual aplastando la consideración del bien colectivo, de la unicidad de lo mercantil frente a la complejidad de lo humano-social. Mal futuro para la diversidad cultural, pero esta extensión capitalista tiene que combatirla mientras exista, porque necesita consumidores homogéneos fordistas o postfordistas. Como corolario, entonces, el sistema ha de formular un “nuevo” discurso que precisamente unifique metaculturalmente las racionalidades y presente un sólo modelo de comportamiento aceptable, aunque con “diversos” escenarios (para ser aceptado por “todos”). Es la tarea “científico-académica” de los intelectuales orgánicos del capitalismo.

**QUINTA TESIS:** *La expansión del capitalismo global se va asentando en la consolidación de las relaciones económicas e institucionales de sus mercados y de la seguridad de la propiedad privada del capital. Cualquier rémora u obstáculo a ellos tienen que ser eliminados “en aras a la eficacia y a la eficiencia de los esfuerzos por y para el desarrollo de los pobres”, pero, ante la crisis política y de legitimidad que está provocando esta práctica a lo largo y ancho del planeta, tiene también que ofrecer*

---

<sup>14</sup> En el aluvión de autocríticas procedentes de los execonomistas del Banco Mundial que, como estupendos adolescentes, han redescubierto la pólvora siguiendo los pasos del jefe de la banda, Stiglitz, cabe destacar el magnífico resumen de *la unhelpful help* que hace D. Ellerman (2005): “Can the World Bank be fixed?”. *PAE Review*, nº 33. [www.paecon.net](http://www.paecon.net).

<sup>15</sup> En referencia al Informe del Banco Mundial (1997): *Assessing Aid*, según el cual la ayuda debía usarse de manera selectiva para premiar a los países que aplicaran reformas con eficacia, hasta el PNUD señala (aunque sin citar explícitamente dicho informe) el peligro de que tales recetas dividan a los receptores en “preferidos” y “huérfanos” de donantes sobre la base de pruebas poco contundentes respecto de su capacidad para hacer buen uso de la ayuda. PNUD(2005): Informe sobre el Desarrollo Humano, Capítulo 3.

<sup>16</sup> Artículo de Cinco Dias, entrevista a un cooperante de CODESPA (octubre 2005).

*mecanismos e instrumentos de legitimación, que se reúnen en el “nuevo” paradigma de la gobernabilidad, y de él se impregna la nueva economía y sociología del desarrollo.*

**LA COOPERACIÓN PARA EL DESARROLLO ADQUIERE UN DISCURSO NEOINSTITUCIONALISTA QUE ENMASCARA EL PROFUNDO ECONOMICISMO Y FALTA DE LEGITIMACIÓN DEL PROYECTO GLOBALIZADOR,**

Aunque de forma bastante simplista, podrían caracterizarse las distintas etapas del *mainstream* de las teorías del desarrollo como las del (i) crecimiento (ii) necesidades básicas (iii) ajuste y (iv), y actual, la de las instituciones. En términos de la variable estratégica, en la primera etapa el foco estaba en el *capital físico*, en la segunda en el *capital humano*, en la tercera en el *capital inexistente* para pagar la deuda, y en la cuarta, en el *capital social*. Hay que tener presente esta secuencia para entender la necesidad y las características del nuevo paradigma teórico que debe enfrentarse a una realidad periférica esquilada económicamente por los planes de ajuste estructural, y de creciente inestabilidad social y política ante la falta de soluciones que los pueblos observan de sus dirigentes. Las dictaduras no pudieron sostenerse, pero la alternativa no podía ser el vacío de poder durante el proceso de integración al proceso globalizador. Por supuesto que en dicho proceso queda claro que el poder es transnacional, pero las políticas de desregulación, privatización y liberalización habían de ser implantadas y, sobre todo, legitimadas ante las poblaciones, a escala nacional, por gobiernos votados y amigos del mercado. Conclusión: hay que dotarlos de la parafernalia teórica pertinente. Porque los pueblos ya no se creen que el crecimiento económico les beneficie directamente, porque han comprobado que la cobertura de sus necesidades básicas fue flor de un día, porque ya no aceptan que dejen de (o no lleguen a) tener servicios públicos básicos por el pago de la deuda externa,... Y por todo ello la promesa de desarrollo, de crecimiento, etc. ya no puede ser como las de antes. Los proyectos de ingeniería civil, de ingeniería social, de ingeniería financiera, no han dado más resultado que la pervivencia del subdesarrollo y el despilfarro. Así que ahora le ha llegado el turno a la ingeniería institucional.

Siguiendo esta lógica, de la etapa del “desarrollismo” la periferia heredaba actores incompetentes para la buena práctica de la teoría: el estado interventor y el proteccionismo no competitivo, y del subdesarrollo persistente heredaba instituciones atrasadas en la “sociedad civil”. Conclusión: hay que cambiar los actores institucionales

que malgastaron los esfuerzos en desarrollo por unos nuevos agentes e imponer instituciones modernas que definitivamente integren a la sociedad en el proyecto modernizador global. Dicho proyecto es homogéneo en términos económico-estructurales, pero todos tienen derecho a él desde sus heterogeneidades (socio-culturales). Se trata, entonces, de diseñar un camino único pero variado. Es el neoinstitucionalismo<sup>17</sup>.

La perspectiva de la llamada Nueva Economía Institucional (NEI), además de alimentar las más recientes versiones sobre el “desarrollo”, e incluso estar en proceso de convertirse en el nuevo “dogma” sobre el desarrollo, pretende convertirse en la herramienta conceptual fundamental de la política pública en los países subdesarrollados. Es decir, se pretende diseñar un marco de políticas estatales y acciones privadas que permitan a las naciones completar el “desarrollo institucional”, subsanando así lo que ha significado el fracaso del proyecto de la “modernidad”.

Según esta perspectiva, la raíz del problema del subdesarrollo reside en el ámbito de la política, en la escasa profundidad de los esquemas democráticos y en la estrechez de los mercados económicos. Por consiguiente, el corregir el marco institucional ineficiente deviene –de manera altamente simplista– en la variable (supuestamente independiente) clave para mejorar el comportamiento económico, que sigue concibiéndose como “crecimiento económico” (indispensable en la lucha contra la pobreza). Sin embargo, es evidente que dicho marco institucional es el resultado de un proceso histórico de concentración de la propiedad, que ha condenado a buena parte de la población a la informalidad y a la búsqueda de mecanismos de supervivencia en prácticas a menudo fuera de la ley o relacionadas con la obtención de las migajas que el clientelismo y la corrupción les reservan para reproducirse.

Desde el punto de vista teórico, a pesar de su pretendida renovación conceptual, este enfoque constituye una extensión de la ortodoxia neoclásica, cuya base conceptual queda inalterada, como siempre ha reconocido el pionero de la escuela, North. Se limita a eliminar el supuesto neoclásico de la “competencia perfecta”, para reconocer los fallos del mercado y los costes de transacción derivados de ellos como los problemas a

---

<sup>17</sup> No podemos dejar de denunciar aquí el abuso tergiversador que conlleva la utilización de este término por la academia actual, despreciando las aportaciones del institucionalismo histórico de la escuela de Veblen y el verdadero neoinstitucionalismo de autores como Galbraith (para el capitalismo desarrollado) y Myrdal (para el capitalismo subdesarrollado), sin contar con otras heterodoxias. El “olvido” es explicable porque estas escuelas eran sumamente críticas con el papanatismo neoclásico de su época, y el “neoinstitucionalismo” actual puede ser visto como precisamente un intento neoclásico para salvar los muebles ante el nuevo fracaso neoliberal.

subsano. Y son precisamente las instituciones (económicas y políticas) los mecanismos sociales orientados a mejorar los resultados del mercado.

La defensa y aplicación de los mecanismos internos del “libre mercado” (o sea, la implantación, o profundización, o extensión, de las relaciones capitalistas en la vida económica y social de las comunidades, eliminando, socavando o subyugando las prácticas productivas y reproductivas no capitalistas que durante siglos se han mantenido vivas) supone necesariamente el aumento de la desigualdad, lo que lleva, en condiciones de estructuras de capitalismo periférico, a la pobreza. Así que los escasos resultados obtenidos por las propuestas neoclásicas/neoliberales para solventar la crisis de los 80 en forma del recetario del Consenso de Washington, así como la peligrosa profundización de la crisis social en los países que habían aplicado dicho recetario, fueron el caldo de cultivo que favoreció –e hizo indispensable– la “renovación” de conceptos convencionales del desarrollo y esa introducción de las llamadas “reformas de segunda generación” (derivadas de la necesidad de robustecer las instituciones). Es en este contexto en el que se entiende mejor la introducción en el análisis tanto de la perspectiva “neoinstitucional” (para los aspectos “macro”, supraindividuo) como la de las capacidades y oportunidades del individuo (el desarrollo humano), para los aspectos “micro”<sup>18</sup>.

Las prioridades teórico-analíticas son ahora, pues, el desarrollo institucional y la acumulación, inversión y rentabilización del capital social. Porque obviando la causa (la desigualdad capitalista) pero enfrentando el efecto (la pobreza), el discurso de la globalización pretende que, a través de (i) la creación de “instituciones adecuadas” (modernas), (ii) de la “seguridad de la propiedad” (capitalista) a nivel jurídico y político, y (iii) de la “participación” (en la producción y extraversión del excedente) se lucha efectivamente contra la pobreza. El Banco Mundial ya ha dejado sentada la importancia del *capital social* para el crecimiento económico y el desarrollo, por cuanto favorece el intercambio de información, la coordinación de actividades y la toma colectiva de decisiones<sup>19</sup>, así como ha establecido la necesidad de contar con unas instituciones fuertes en el proceso de desarrollo: una vez establecido su máxima,

---

<sup>18</sup> No es este el lugar de entrar en el análisis crítico del paradigma del desarrollo humano, que ya de por sí ha generado varios congresos internacionales. Pero no está de más citar la polémica que se está llevando en la *PAE Review* sobre si el liberalismo de Sen va a favor o en contra del orden establecido.

<sup>19</sup> Banco Mundial (1997): *Informe sobre el Desarrollo Mundial 1997: El Estado en un mundo en transformación*, especialmente la Parte III: “Revitalizar la capacidad institucional”. Suponemos que su nuevo presidente introducirá también la “lucha antiterrorista” para acabar de paso físicamente con unos

supuestamente incontestable, de que los mercados son fundamentales para mejorar las condiciones de vida de los pobres, enfatiza el papel que las *instituciones* tienen (entendiendo por ellas tanto las reglas y normas de comportamiento, como las organizaciones encargadas de aplicarlas) a la hora de determinar la forma en que los mercados influyen en los niveles de vida de la población y la ayudan a proteger sus derechos. Desde este punto de vista, las instituciones son vitales a la hora de promover mercados inclusivos e integrados<sup>20</sup>.

Más que de una autocrítica, consideramos que estamos en presencia de un ejercicio, indispensable para la legitimación del sistema, de relegitimación. NO es que lo que se ha hecho antes se haya hecho mal, No es que de aquellos polvos vienen estos lodos. Simplemente, la realidad se niega a adaptarse a la teoría, y hay que ir mejorando esta última para mejorar la primera. Y así el engaño sigue *sine die*, porque las bases objetivas de la degradación social, de la insolidaridad intergeneracional o de la profundización de la polarización se mantendrán intocadas e intocables.

En estas condiciones y con estos discursos, el sistema y sus apologetas teóricos se han dotado de “nuevos” contenidos y objetivos del desarrollo, y por tanto, de la cooperación. La cooperación del y para el capitalismo global está salvada.

**SEXTA TESIS:** *Como se ha señalado en las anteriores tesis, el capitalismo global reestructura el sistema mundial, bloquea el desarrollo y perpetúa y profundiza la desigualdad y la miseria, extendiéndolas a escala planetaria con formas y contenidos nuevos.* Entonces, **LA COOPERACIÓN PARA UN DESARROLLO AUTÉNTICAMENTE SOCIAL, HUMANO Y SOSTENIBLE SÓLO PUEDE ORIENTARSE CONTRA LA NUEVA ESTRUCTURA DE ESE SISTEMA, Y DEFINIRSE ENTONCES COMO UNA COOPERACIÓN PARA LA DESCONEXIÓN DE ESE SISTEMA.**

El concepto de desconexión o desvinculación, tal como lo ha formulado Samir Amin,<sup>21</sup> y como ha puesto de manifiesto repetidamente el autor, no significa autarquía. Es más sencillo y más realista que eso. Significa, básicamente, la supeditación de las relaciones

---

cuantos pobres, calificando su misión en el nuevo cargo como la de acabar con el “arma de destrucción masiva” que es la pobreza

<sup>20</sup> Banco Mundial (2002): *Informe sobre el Desarrollo Mundial 2002: Instituciones para los mercados*. Mundi-Prensa.

externas a las necesidades internas, cambiar la lógica de la extraversion por la lógica del autocentramiento. Los exdependientistas latinoamericanos han formulado la misma cuestión con el concepto de “crecimiento endógeno”, “capacidad interna”, etc. En suma, cualquiera que mire honestamente la historia no puede albergar ninguna duda sobre la poca consistencia científica del postulado de que amoldarse a la “racionalidad” del “mercado internacional” conllevará crecimiento y progreso, entre otras muchas cosas porque esa supuesta “racionalidad” no es sino el conjunto de estrategias e intereses del capital multinacional, institucionalizado en monopolios de oferta y demanda que pretenden ocultarse bajo el eufemismo del “mercado mundial”.

La desconexión, como estrategia viable (y única posible, desde nuestra perspectiva) supone un cambio estructural de dos patas, y si no se van apoyando la una a la otra el proceso no puede avanzar. La primera pata es el cambio estructural externo, y la segunda el cambio estructural interno.

- El cambio estructural externo es el eterno reto del “nuevo orden internacional”: unas relaciones internacionales productivas, comerciales y financieras que abandonen su funcionalidad de transmisoras de excedente de las periferias a los centros y posibiliten un proceso, que, en sus primeras etapas, necesariamente vehiculicen las transferencias en sentido opuesto. Ello tendrá que hacerse violentando la lógica capitalista, bien institucionalmente (a través de medidas de control de las finanzas internacionales, condonación de la deuda, implementación del pago de la deuda histórica y ecológica, etc.), bien a través de los mecanismos de precios (coste real de las materias primas y pagos de las rentas naturales, valoración global de la fuerza de trabajo), que necesariamente harían subir los precios de las exportaciones periféricas. El objetivo final es romper la perversa dicotomía entre Centro (miniproducción caro, superconsumidor despilfarrador<sup>22</sup>) y Periferia (superproducción barato, miniconsumidor marginal). A partir de cierto reequilibrio, podrán diseñarse nuevos marcos globales de cooperación solidaria entre los países y bloques regionales para el desarrollo común. Seguramente que entonces, y *sólo entonces*, encontrarán su eficacia económica y social los modelos de división del trabajo basados en nuevas asignaciones para la producción global según las nuevas

---

<sup>21</sup> Amin, S. (1988): *La desconexión* –IEPALA; (1999): *El capitalismo en la era de la globalización*. Editorial Paidós; y (1999): *Miradas a medio siglo* – IEPALA.

<sup>22</sup> Recordemos el papel del despilfarro en la absorción rentable del excedente económico, y por tanto su funcionalidad esencial en el “crecimiento” capitalista actual.

dotaciones relativas de recursos. Nótese que, en cualquier caso, esta estrategia de desconexión respira globalización por todos sus poros: no será una vuelta atrás hacia el nacionalismo y la competencia inter-nacional, sino un avance en una globalización solidaria. Porque sólo desde una óptica global se puede restituir el valor de la naturaleza y de lo humano.

- El cambio estructural interno tiene que ver con la definición de aquellas “necesidades internas” a las que han de supeditarse las relaciones externas, y, en los términos de Samir Amin, dicha definición remite al contenido “democrático-popular” del proyecto de desarrollo. Suscribimos totalmente su pensamiento explícito de que los rechazos a los fracasados proyectos burgueses desarrollistas del tercer cuarto del siglo XX y al proyecto neoliberal posterior no pueden desembocar en las pseudo alternativas configuradas en torno al etnicismo o al integrismo religioso, sino que deben enmarcarse en la globalización alternativa. El desarrollo “nacional” en la periferia, capitalista o socialista, se ha hecho ya imposible como nacional, y la polarización global excluye también la posibilidad de “todos centro”. No valen, pues, recetas de las antiguas. El cambio interno, entonces, se tiene que articular, en positivo, como un vector de profundización democrática y de autocentramiento económico capaz de dirigir la producción y la inversión del excedente a la cobertura de las necesidades de las clases trabajadoras, a la lucha contra la exclusión y marginalización de los pobres y al reequilibrio de la articulación rural-urbana, poniendo la soberanía del pueblo como primer objetivo. Y al decir soberanía, incluimos sus múltiples dimensiones: la política, la cultural, ...y la alimentaria. Las vías para la necesaria superación de las plutocracias y del capitalismo serán diversas, y seguramente no inmediatas, pero la meta común es para todos: democracia y suficiencia material. En definitiva, la tarea es la reconstitución de las esperanzas y del poder de las clases populares, rompiendo el discurso del poder de que “no se puede hacer nada”. Como escribió Samir Amin:

“Hemos de ser capaces de diseñar programas de acción práctica que vinculen la democratización con el progreso social, con suficiente coraje como para poner en marcha políticas eficaces en ese marco y para afrontar audazmente el riesgo

de conflicto que emana del impulso de la expansión capitalista...Ésa es la opción que yo denomino ‘desvinculación’”<sup>23</sup>.

Democracia y suficiencia material. Términos muy manidos pero que son la condición necesaria (aunque no suficiente) del carácter antisistémico de la cooperación transformadora. En base a ellas, pero también a su orientación a la desconexión, se pueden retomar las “nuevas alternativas” que, desde organismos internacionales y ONG, se han venido planteando en los últimos quince años. Si bien son las raíces teóricas de la operatividad del paradigma del desarrollo humano y sostenible, e incluso de la lucha contra la pobreza, sólo lo serán realmente si se extienden y afianzan en el terreno de la desconexión. Las oportunidades y capacidades de las personas no se pueden definir fuera de la estructura social, y su interpretación liberal (individualista) está condenada al fracaso: será superada o por el marasmo social o por el triunfo de lo colectivo, incluyendo aquí la solidaridad intergeneracional (sostenibilidad). Democracia y suficiencia material para la desconexión pueden orientar, por tanto, la “nueva cooperación” que se viene demandando desde el PNUD (1994, 2005) y que practica, con la mejor de las intenciones, la cooperación reformista. De lo que se trata es pasar de los paradigmas y de las intenciones a la realidad de la estructura y a su transformación. Por y para ello, y retomando la Primera Tesis, hay que dejar analíticamente claro que no hay más que dos salidas: o con el sistema o contra él. La cooperación reformista, o integra sus intenciones en la lucha por la transformación del sistema *capitalista*, o se convierte en su defensora más hipócrita y farisaica.

La cooperación para la desconexión, por su parte, puede integrar las prácticas más variadas del mundo de la cooperación oficial y no oficial en su estrategia antisistema, en actividades tanto *bloqueadoras* de la globalización neoliberal como *impulsoras* de alternativas que fomenten la seguridad, la autonomía y los derechos de los seres humanos. Siempre desde una perspectiva global, *ayudando* y *cooperando* frente a los problemas y desajustes creados por las dinámicas de “desperiferización” a escala local, nacional o regional (que debieran ser los objetivos a corto y medio plazo), la cooperación antisistema hace suyos los derechos de *libertad* (civiles y políticos), *igualdad* (a nivel económico, social y cultural) y *fraternidad* (en los ámbitos del desarrollo, la sostenibilidad, la conservación y

---

<sup>23</sup> S. Amin(1999): *El capitalismo en la era de la globalización*. Editorial Paidós, pág. 174.

fomento de bienes públicos globales y también en la ayuda humanitaria ante desastres). En esa línea la cooperación antisistema puede redirigir prácticas más o menos contradictorias ya citadas (en la producción, el comercio, las finanzas y las instituciones) para enfocarlas como pasos estructurales en el proceso de autocentramiento. Y eso será, en definitiva, situarlos como instrumentos condenados a desaparecer en el largo plazo: la cooperación antisistema debe proponerse como horizonte dejar de ser precisamente cooperación para el desarrollo, llegando a ser simplemente cooperación entre los seres humanos diversamente iguales.